



Seix Barral

Yasunari Kawabata

El maestro de go

Prólogo Anna Kazumi-Stahl





Seix Barral

Yasunari Kawabata

El maestro de go

Traducción de Amalia Sato

Shūsai, maestro de go, vigésimo primero en la sucesión Honnimbō, murió en Atami, en la posada Urokoya, la mañana del 18 de enero de 1940. Tenía sesenta y seis años de acuerdo con el modo oriental de computar la edad.

Esa fecha está grabada en la memoria de Atami. «Recuerda en los años venideros la luna de esta noche y de este mes», decía Kan'ichi en la famosa escena de la melodramática novela de Kōyō* de los noventa, *El demonio de oro*, al partir desde la playa en Atami. La noche en cuestión es la del 17, y el festival Kōyō se celebra en Atami ese día. La muerte del maestro sucedió el día siguiente.

Las recordaciones literarias siempre acompañaron el festival. En 1940, se las refinó especialmente para honrar no solo a Koyosino a otros dos escritores, cuyos lazos con Atami habían sido muy estrechos, Takayama Chogyū y Tsubouchi Shōyō. Sino, también, a tres novelistas: Takeda Toshihiko, Osaragi Jirō y Hayashi Fusao, que durante ese

* Ozaki Kōyō (1868-1903). Poeta y novelista. La citada es su última novela y tal vez la más popular de la era Meiji. [N. de t.]

año habían hablado de Atami en sus escritos. La ciudad los honró con encomios. Como me encontraba en ese momento allí, asistí al festival.

La noche del 17, el alcalde ofreció un banquete en mi posada, la Juraku. Al alba me despertó el llamado que me informaba de la muerte del maestro. Fui de inmediato a la posada Urokoya para presentar mis respetos. Después del desayuno, de regreso en mi alojamiento, me dirigí con los escritores y funcionarios de la ciudad a dejar una ofrenda floral ante la tumba de Shōyō, y luego fuimos al pomar de ciruelos donde, en el pabellón de la posada Bushōan, se ofreció otro banquete. Me escabullí y volví a Urokoya, para tomar fotos del muerto y ver partir su cuerpo hacia Tokio.

El maestro había arribado a Atami el día 15, y el 18 estaba muerto. Como si hubiera ido allí para morir. Lo había visitado el 16 y habíamos jugado dos partidas de *shōgi*.^{*} Pero esa noche empeoró, poco después que yo lo dejara. Fueron sus últimas partidas del juego al que tan aficionado era. Había redactado para el diario los informes sobre su último juego de go en el campeonato, fui su último adversario en *shōgi*, y también el que tomó sus últimas fotografías.

Llegué a conocerlo bien cuando el *Tokyo Nichinichi Shinbun* (ahora *Mainichi Shinbun*) me invitó a cubrir ese último encuentro. Para ser un juego auspiciado por un

* Juego que tiene relación con el ajedrez a través de un común origen indio. Se juega sobre ochentaíun cuadrados con veinte piezas por jugador. Algunas piezas pueden desplazarse con gran libertad y penetrar en territorio enemigo. Además las piezas capturadas por el enemigo pueden ser utilizadas por este. [N. de t.]

periódico, las ceremonias resultaron inusualmente cuidadas, sin parangón en los años siguientes. El juego se inició el 26 de junio de 1938 en Tokio, en el restaurante Kōyōkan, en el Parque Shiba, y finalizó el 4 de diciembre en Itō, en la posada Dankōen. Un solo juego que demandó casi medio año. Fueron catorce sesiones. Y mi nota quedó parcelada en sesenta y cuatro entregas. Hubo, por cierto, un receso de tres meses, desde mediados de agosto a mediados de noviembre, pues el maestro cayó seriamente enfermo. Fue una enfermedad grave que agregó una enorme carga emocional. Podría decirse que, finalmente, junto con el juego se apagó la vida del maestro. No se recuperó, y transcurrido poco más de un año estaba muerto.

Para ser precisos, el juego finalizó a las 2:42 de la tarde del 4 de diciembre de 1938. La última jugada fue Negro 237, a cargo del adversario del maestro.

Silencioso, el maestro ocupó un lugar neutral.

—¿Otorgamos cinco puntos? —dijo uno de los jueces, Onoda, del sexto rango, con su modo educado y distante. Probablemente lo había dicho como atención al maestro, a fin de aminorarle la irritación de ver el tablero reordenado en un momento crítico* y que evidenciaba su caída de cinco puntos.

—Cinco puntos —murmuró el maestro. Y con una mirada de párpados desfallecientes, no se opuso al reacomodamiento del tablero.

Ninguno de los funcionarios que colmaban el salón se animaba a hablar.

—Si no me hubiera internado en el sanatorio, podríamos haber terminado con esto en Hakone. —El maes-

* Un complejo proceso de simplificación de las líneas tiene lugar al final de una partida importante, para hacer más claro el resultado a los espectadores menos expertos. [N. de t.]

tro hablaba con calma, como para aligerar la pesadez que flotaba en el ambiente.

Preguntó cuánto tiempo había empleado en el juego.

—Blanco: diecinueve horas con cincuenta y siete minutos. Tres horas más, señor, y habríamos llegado exactamente a la mitad del tiempo permitido —dijo la joven que se ocupaba de los registros—. Negro: treinta y cuatro horas y diecinueve minutos.

A los jugadores de alto rango, generalmente se les conceden diez horas de juego, pero para este encuentro se hizo una excepción y se multiplicó por cuatro el tiempo asignado. Al Negro le quedaban todavía varias horas, pero las treinta y cuatro que había utilizado resultaban de todos modos algo excepcional, en verdad algo probablemente único en los anales del juego desde la imposición de límites para el tiempo.

Eran casi las tres cuando el juego terminó. Llegó la criada con el té. El público permanecía sentado en silencio, con los ojos fijos en el tablero.

El maestro le sirvió a su contrincante, Otake, del séptimo rango.

Después de decir las apropiadas palabras de agradecimiento al final del juego, el joven Otake se había quedado sentado inmóvil, con la cabeza inclinada. Con las manos sobre las rodillas, su pálido rostro demacrado.

Al igual que el maestro, que había empezado a retirar las fichas blancas, él empezó a colocar las negras en su tazón. El maestro se puso de pie y, como de costumbre, abandonó la sala imperturbable. No había hecho comentario alguno sobre el juego. El adversario más joven obviamente no tenía ninguno que hacer. Otra habría sido la situación de haber sido él el perdedor.

Ya en mi habitación, miré a través de la ventana. Con pasmosa rapidez, Otake se había cambiado por un kimono acolchado y había bajado al jardín. Estaba sentado en un banco en un costado a lo lejos, solo, con los brazos firmemente cruzados. Miraba al piso. Su actitud allí en el espacioso y frío jardín, en la proximidad del crepúsculo de finales de otoño, sugería una profunda meditación.

Deslicé la puerta de vidrio del balcón.

—Señor Otake —llamé—. Señor Otake.

Se volvió y me miró, como con fastidio. Tal vez estaba llorando.

Volví a mi habitación. La mujer del maestro había entrado.

—Ha sido mucho tiempo, y usted, muy bondadoso con nosotros.

Intercambiamos algunas observaciones, y para entonces Otake ya había abandonado el jardín. Después de otro veloz cambio, visitaba, esta vez en formal kimono, la habitación del maestro y de cada uno de los numerosos organizadores y administradores. Vino también a la mía.

Yo me dirigí a presentar mis respetos al maestro.